



MUSEO  
SITIO DE MEMORIA  
ESMA



# HISTORIAS SIN OLVIDO

En el edificio del Casino de Oficiales funcionó el Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio de la Escuela de Mecánica de la Armada, ESMA. Durante la última dictadura cívico-militar, entre los años 1976 y 1983, existieron en nuestro país más de 700 lugares de detención ilegal.

**Aquí, en la ESMA** estuvieron detenidos-desaparecidos cerca de 5.000 hombres y mujeres. Militantes políticos y sociales, de organizaciones revolucionarias armadas y no armadas, trabajadores y gremialistas, estudiantes, profesionales, artistas y religiosos. La mayoría de ellos fueron arrojados vivos al mar.

**Aquí, en la ESMA** la Armada planificó secuestros y llevó a cabo asesinatos de manera sistemática. Aquí mantuvo a los prisioneros encapuchados y engrillados. Aquí los torturó. Aquí los desapareció.

**Aquí, en la ESMA** nacieron en cautiverio niños que fueron separados de sus madres. En su mayoría fueron apropiados ilegalmente o robados. Muchos de ellos son los desaparecidos vivos que aún seguimos buscando.

**Aquí, en la ESMA, se produjo un crimen contra la humanidad.**

**memoria,  
verdad y  
justicia**

## MUSEO SITIO DE MEMORIA ESMA

**Ex centro clandestino de detención, tortura y exterminio**

Abierto al público de martes a domingo de 10 a 17 h.

Entrada gratuita. Visitas guiadas. Audioguías.

Contenido no apto para menores de 12 años.

Av. Del Libertador 8151 / 8571 (ex ESMA) CABA, Argentina.

+54 (11) 5300-4000 int. 79178/80 - [sitiomemoriaesma@jus.gov.ar](mailto:sitiomemoriaesma@jus.gov.ar)

Agendar visitas grupales: [institucionalsitioesma@jus.gov.ar](mailto:institucionalsitioesma@jus.gov.ar)



Argentina **unida**

Secretaría de  
Derechos Humanos



Ministerio de Justicia  
y Derechos Humanos  
Argentina

---

# “SCOTT”

## UN INGLÉS EN LA ESMA

---



---

### Crónica extraída del libro *Crónicas de la Memoria. Relatos sobre la última dictadura y sus ecos en el presente* de Héctor Rodríguez.

---

Desde el histórico miércoles 24 de marzo de 2004, los argentinos, a través de una decisión política del poder Ejecutivo, recuperamos el predio de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). En un acto tan emotivo como multitudinario, con el presidente Néstor Kirchner al frente pidiendo perdón “*de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante veinte años de democracia por tantas atrocidades*”, el mayor centro clandestino de detención de la Ciudad que funcionó durante la última dictadura cívico militar, pasó a convertirse, a través de un decreto presidencial, en el Museo de la Memoria y de la promoción de los derechos humanos.

Aquel día de sol escandaloso, decenas de miles de personas pudimos ingresar por primera vez a ese emblemático centro del horror, en medio de un mar de claveles rojos que la agrupación HIJOS dejó en el lugar, y de infinitas fotos de desaparecidos. Hubo discursos, se escuchó la palabra de dos jóvenes nacidos allí, (hoy mayores que sus madres, que los parieron estando en cautiverio), y hasta hubo tiempo, en clave de celebración colectiva, para la libertad y la memoria, convertidas en canciones a través de las voces en vivo de León Gieco, Joan Manuel Serrat y Víctor Heredia.

En los catorce años, entre 2004 y 2018, me acerqué innumerables veces a ese espacio, ahora convertido en un lugar de reflexión y también de acceso a la cultura en sus más diversas formas. En particular, lo hice en el “Museo Sitio de Memoria ESMA”, inaugurado en 2015 en lo que fuera el Casino de Oficiales. Tuve la fortuna, además, de ser invita-

do como cronista para una de sus actividades especiales, la que se lleva a cabo el último sábado de cada mes, “*La Visita de las Cinco*”. Ayer regresé allí. Acordé acompañar a una amiga de mi hija, y a su pareja. Sofía, por quien siento un afecto entrañable, reside en Londres desde hace tiempo. Instalada en esa ciudad europea conoció a Scott, quien hoy es su novio, con quien convive. Ambos llegaron hace pocos días al país con una apretada agenda de visitas familiares y de amigos, y con sitios por recorrer. El joven pisa por primera vez la Argentina. Es hijo de una holandesa y de padre inglés; nació en Newcastle y estudió Geografía en la universidad. Fue él, expresamente, quien le pidió a Sofía acercarse a lugares específicos ya prefijados. La Boca, el Delta del Tigre, Plaza de Mayo - en especial para palpar de cerca la ronda de las Madres -, y por último la ESMA. Tiene un profundo interés por la coyuntura latinoamericana y sus procesos políticos históricos. Con Sofi en el papel de traductora, comprendí de inmediato que su pareja había leído sobre nuestra historia reciente bastante más de la media de lo que cualquier joven nacido aquí y con más de treinta años, pudiera conocer acaso sobre la realidad británica.

Entramos al Museo cerca del fin de la tarde de un día de semana. Una de las guías le explicó a Scott, en perfecto inglés, cómo manejarse a través de su celular, bajando aplicaciones para cada sector que visitaríamos, lo que él hizo de inmediato. Recorrimos prácticamente solos, los tres, cada área, desde Capucha, Capuchita, la sala de Embarazadas, Pecera, el Sótano, primer y último lugar por donde transitaban los miles de detenidos, y en el final del trayecto,



el salón El Dorado, donde los marinos planificaban sus acciones criminales. Scott escuchaba primero los audios, luego observaba todo con extrema atención y preguntaba detalles a su novia, mayormente en inglés. En ocasiones, yo agregaba al relato algunas historias en particular, sobre detenidos, sobrevivientes y circunstancias de cómo fueron desarrollándose los juicios de lesa humanidad. Me sorprendía el nivel de curiosidad e inteligencia en sus comentarios, y el grado de emoción que tenía impregnado en su cara y en cada gesto de su cuerpo; se movía con cuidado, como en puntas de pie. En ningún momento se permitió siquiera una leve sonrisa.

Apenas salimos, en silencio, atentos a los murmullos de la frondosa arboleda acariciada por el viento, les señalé el edificio del Museo Malvinas, ubicado a metros de donde nos encontrábamos. No quedaba tiempo para acercarnos. Scott, entonces, decidió abordar la charla con un tema insoslayable. Quiso conocer mi visión sobre la guerra de Malvinas y sus consecuencias. Le respondí, a través de Sofi, que esa herida continúa abierta en el corazón de buena parte de nuestra sociedad. Que fruto de una dictadura en retirada, resultó el corolario absurdo y cruel, a través del peor camino, a tanto horror transitado desde la imposición del terrorismo de Estado en 1976. Él coincidió. Con la muerte de cada joven argentino se hundía un pedazo de cada uno de nosotros en ese mar helado, y en esa tierra dura y árida como el alma de quien, enfrascado en su soberbia, desafió con aquello de si quieren venir, que vengan.

Conversamos sobre las secuelas de los centenares de suicidios posteriores, tanto de combatientes argentinos como británicos, y del pesar por los miles de heridos y mutilados de los que nadie, jamás, se acuerda. Luego él amplió su opinión dándome a entender que en su país, al margen de la victoria en el terreno bélico, las graves consecuencias en la conciencia de miles de ciudadanos de aquel entonces, se hicieron sentir. Scott no aprueba ninguna de las fechorías que cometió Margaret Thatcher durante su gobierno, imponiendo sin concesiones sus políticas neoliberales. Me explicó su rechazo visceral a la conducta imperialista de Inglaterra, que empañó lo que de común podríamos alentar

como relación amistosa y perdurable entre ambos pueblos, mientras recorríamos a paso lento la calle interna paralela a la avenida que nos llevaría a la salida del predio. De golpe, sin anunciarlo, Scott detuvo su marcha. Bajó la cabeza. Y se quebró. Rompió en llanto. Un llanto frágil como el de un niño, desconsolado. Sofi, atónita, lo abrazó sin poder contener sus propias lágrimas. Le habló con dulzura, intentó calmarlo. Éramos, allí, tres seres en medio de un camino de asfalto gris y desolado, abrazados a la angustia de rememorar la tragedia social que la geopolítica y los intereses más oscuros, en manos tan inescrupulosas como dictatoriales, llevaron a dos países al abismo de un dolor inenarrable. Scott, aún con sus ojos hinchados, dijo que recién ahora comprendía mejor toda la película, que no era posible “explicar Malvinas” sin ligarlo directamente a lo ocurrido dentro de la ESMA y de otros cientos de campos de concentración con sus miles de desaparecidos. Y que desde ese momento les hablaría a sus amigos sobre lo que para él es la Argentina, un lugar extraordinario, no solo por su belleza natural sino además por su gente, por su historia de luchas sociales, y por su persistencia a buscar en paz la Verdad. “Voy a insistirles para que vengan”, así lo dijo.

Nos despedimos y la emoción era mutua. No sabíamos bien qué hacer con ella. Fue un abrazo largo. Scott era un hombre profundamente conmovido por lo que acababa de comprobar en la visita al centro clandestino de la Marina. Nunca hubiera imaginado que un joven inglés, con su historia personal, idiosincrasia, experiencias y sueños tan diferentes, en apariencia, a los míos, a cuarenta años de aquella pesadilla, me brindara una lección de conciencia social sobre una realidad que no fue la que le tocó transitar, con una mirada sensata, humilde y de honda sensibilidad. A la hora en que los hombres buscan comprender mutuamente el mundo de las injusticias, y procuran evitar que se repitan, no hay idioma ni océanos que las puedan separar. ♥

15 de setiembre de 2018

**Nota:** Por expreso pedido del protagonista central de esta historia - que sí autorizó la publicación de la crónica - alteré su nombre verdadero por el de “Scott”.